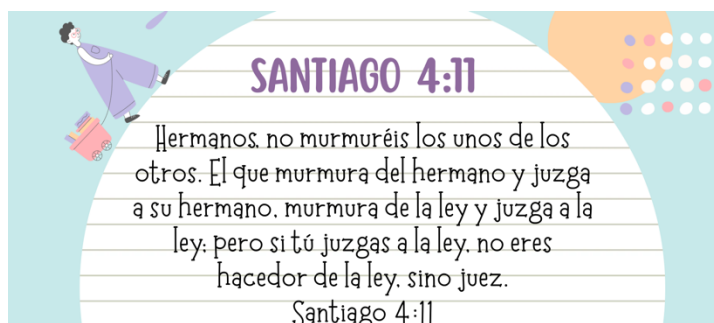




No hablen mal los unos de los otros.

Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.

Santiago 4:11

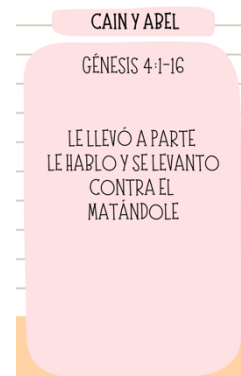


A veces tenemos que actuar como algunas madres que tienen hijos pequeños, o como árbitros de fútbol. Es como estar constantemente levantando la bandera en el juego y luego escuchando a cada uno de los niños al tomar su turno para acusarse unos a otros de lo que les han hecho. Esto pasa regularmente en nuestras relaciones: entre miembros de la familia, amigos, compañeros de trabajo e incluso entre los hermanos en Cristo.

No es un problema exclusivo de los niños. Realmente es un problema de la humanidad. Todos somos propensos a estar a la defensiva cuando las personas en nuestra casa, iglesia o trabajo no hacen lo que queremos que hagan. La murmuración es característica del ser humano.

La Biblia nos da evidencia de que, una vez que el pecado entró en la humanidad, no pasó mucho tiempo antes de que ya se estuvieran acusando unos a otros. En la primera generación después del pecado original de Adán y Eva, sus hijos discutían sobre quién era más importante. Esta disputa en particular terminó muy mal (Génesis 4:1-16), pero no comenzó con violencia física. Comenzó como una guerra de palabras.

«Caín dijo a su hermano Abel» (v. 8). Caín y Abel son el retrato de una triste realidad: todos somos débiles y vivimos en un mundo caído, donde estamos propensos a la murmuración y la queja.



A veces nos aterrarnos por la magnitud del pecado que vemos actualmente entre padres e hijos: hijos que asesinan a sus padres, o muy jóvenes que se levantan contra ellos para destruirlos. Pero no debemos asombrarnos. Es una triste realidad que nuestro ser ha sido contaminado con el pecado. Nuestro ADN tiene el virus del pecado que nos incita siempre al mal.

Incluso pensamos que esto solo puede suceder entre personas muy ajenas a Dios, pero Adán y Eva fueron los primeros seres que habían tenido una relación cara a cara con Él. Y sus hijos conocían a Dios también, aunque no de la misma manera, pues ya no se revelaba cara a cara. No había muchas personas en el mundo que pudieran corromper sus corazones, darles ideas equivocadas o influir en sus decisiones, más que ellos mismos y el tentador.

Miremos a los israelitas: ellos cayeron en la tentación de murmurar y quejarse de Dios. Además, cometieron pecados de inmoralidad y se volvieron a sus ídolos. La rebelión los llevó a la desobediencia y esto dañó su fe. Los debilitó de tal manera que fueron vencidos en muchas ocasiones.



Por ejemplo, María, la hermana de Moisés, fue una gran líder que cayó en el pecado de la murmuración. Su vida representa una llamada de atención para nosotras, porque nos hace reflexionar sobre el peligro de murmurar.

Ella habló mal de su querido hermano Moisés, a quien Dios había escogido como líder del pueblo para una tarea específica.

Y Aarón era el soporte espiritual de Moisés, el vocero de su hermano. Sin embargo, todo el pueblo de Israel murmuró contra Moisés.

PUEBLO ISRAEL

NÚMEROS 12:1-2

AARON
MARÍA
EL PUEBLO
MURMURÓ CONTRA
MOISÉS

CEDIERON EN EL PECADO DE
MURMURACIÓN. QUEJA.
INMORALIDAD. IDOLATRÍA

Números 12:1-2 María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado; porque él había tomado mujer cusita. 2 Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y lo oyó Jehová. 3 Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.

Quiero pensar que María y Aarón amaban sinceramente a su hermano Moisés. Los tres ocupaban un lugar importante en el pueblo; la gente los respetaba y los veía como guías. Aarón y María habían seguido a su hermano desde el principio. Y la Biblia nos recuerda el carácter manso de Moisés, así que debió de haber sido un hombre fácil de amar y difícil de pelear con él.

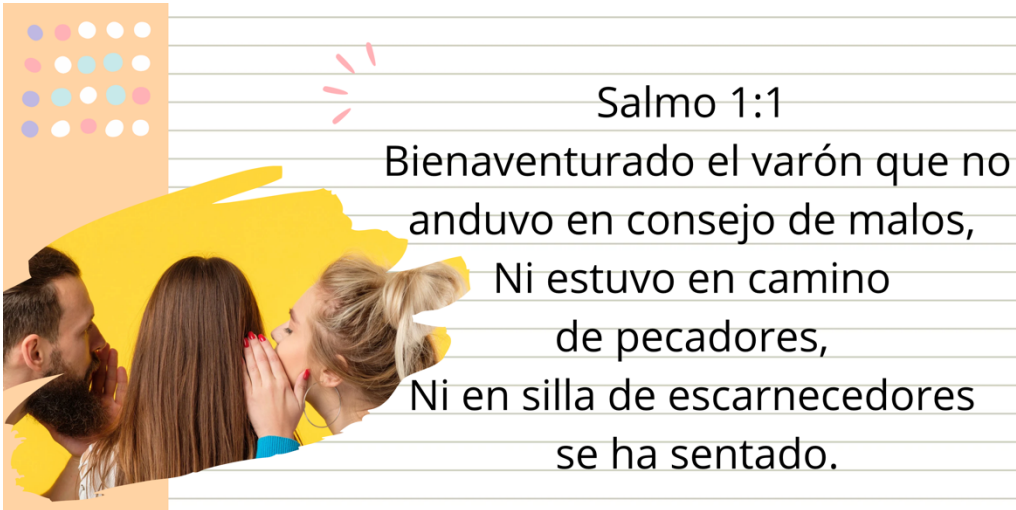
Pero la realidad de este pasaje nos muestra que todos somos débiles ante el pecado del mundo y que ninguno está exento de perder el control y caer.

Murmurar es hablar entre dientes manifestando desaprobación, queja o enfado, en perjuicio de alguien ausente, censurando así sus acciones. Toda murmuración busca dañar a una persona y ofende a Dios. El chisme y la murmuración van más allá de una simple práctica: son una mala actitud que refleja una condición pecaminosa de nuestro corazón.

Pablo advierte cómo Israel pecó murmurando contra Dios y nos exhorta a reconocer esta actitud como pecado, para que no caigamos en tentación, porque todos podemos ser tentados en esta área. Nos anima a entender que no hay tentación que no podamos resistir.

1 Corintios 10:10-13 10 Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. 11 Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. 12 Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. 13 No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.

Cuando se habla mal de una persona, sale a relucir la falta de integridad y de amor de quien murmura. Y no solo peca quien murmura o es chismoso, sino también quien escucha, incluso sin decir nada, porque le permite al otro desarrollar su pecado. Sin un oído que escuche, no hay murmuración.



Salmo 1:1 Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, Ni estuvo en camino de pecadores, Ni en silla de escarnecedores se ha sentado.

Santiago 3:3-6 3 He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. 4 Mirad

también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. 5 Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! 6 Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad.

¿Qué hacer si están hablando de ti?

Las personas hablan, y puede ser que seas tú el objeto de sus palabras. Ser blanco de chismes puede ser frustrante, embarazoso y doloroso. **Proverbios 18:8** dice: «Las palabras del chismoso son como bocados deliciosos, y penetran hasta lo profundo de las entrañas».

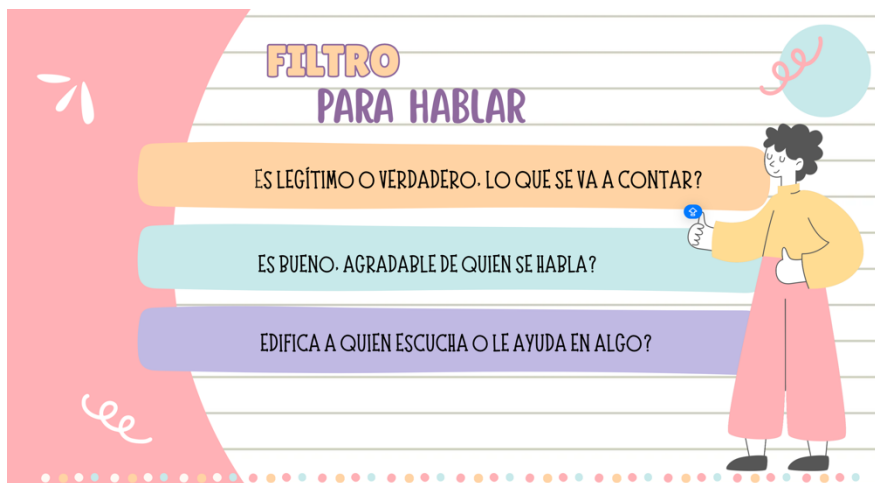
Las palabras hieren. Pueden dejar heridas profundas en el corazón, especialmente cuando han sido compartidas a tus espaldas. Como no podemos controlar lo que otros hacen o dicen, no hay manera de evitar permanentemente lo que se hable sobre nosotros. Pero aquí hay cinco consejos de la Palabra de Dios para manejar esta situación:

1. **No digas nada.** *Proverbios 26:20* dice: «Por falta de leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, se calma la contienda». Tu reacción puede provocar que el chisme continúe o se extinga. En la mayoría de los casos, es mejor no correr a defenderte. Sin noticias nuevas, no habrá mucho que decir. Pide al Señor que te ayude a guardar tu lengua mientras otros hablan de ti.
2. **Permite que tu reputación hable por sí misma.** *1 Pedro 2:12* dice: «Mantened entre los gentiles una conducta irreprochable, a fin de que en aquello que os calumnian como malhechores, ellos, por razón de vuestras buenas obras, al considerarlas, glorifiquen a Dios en el día de la visitación». Vive de manera que tu testimonio contradiga cualquier calumnia.

3. **Cuéntale a Dios tu dolor.** No perpetúes el chisme hablando con otros sobre él. Habla con el Único que conoce todas las cosas y puede sanar tus heridas. *Filipenses 4:6* dice: «Por nada estéis afanosos; antes bien, en todo, mediante oración y súplica con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios».
4. **Deja que Él sea tu defensor.** *Salmo 10:17–18* dice: «Oh Señor, tú has oído el deseo de los humildes; tú fortalecerás su corazón e inclinarás tu oído para vindicar al huérfano y al afligido; para que no vuelva a causar terror el hombre de la tierra». Confía en que Dios arreglará las cosas a Su tiempo.
5. **Ama a quien habla de ti.** *Mateo 5:44* dice: «Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen». *Proverbios 25:21–22* dice: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer pan, y si tiene sed, dale de beber agua; porque así amontonarás brasas sobre su cabeza, y el Señor te recompensará». En lugar de atacar, ora por esa persona. Busca oportunidades para hablar bien de ella.

La Palabra de Dios ofrece esperanza en todas las circunstancias. Confía en Su consejo la próxima vez que otros hablen de ti. Considera también tener un filtro al hablar de los demás:

- ¿Es legítimo y verdadero lo que deseo contar?
- ¿Es bueno y agradable?
- ¿Edificará a la persona que me escucha?



Haz del **Salmo 141:3** tu oración diaria: «Señor, pon guarda a mi boca; vigila la puerta de mis labios». Confía en que Dios está obrando para transformar tu corazón, lo cual impactará la manera en que hablas. *Mateo 15:11*: «No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre».